

Las palabras *uno, alcuno, nessuno, niuno...*, *bello, grande, santo, quello, buono*, pierden la *o* antes de los nombres masculinos que empiezan con una consonante ó una vocal, pero nunca antes de nombres femeninos que empiezan por vocal ó por *s* seguida de consonante. Cuando sigue vocal, en vez de la *o* suprimida, se emplea el apóstrofo (menos cuando la voz truncada puede usarse ante consonante):

Un libro.	<i>Un libro.</i>
Un hermoso libro.	<i>Un bel libro.</i>
Un caballo grande.	<i>Un gran cavallo.</i>
San Pedro.	<i>San Pietro.</i>
Ese soldado.	<i>Quel soldato.</i>
Buen pan.	<i>Buon pane.</i>
Un amigo.	<i>Un amico.</i>
Un hombre hermoso.	<i>Un bell uomo.</i>
Gran ingenio.	<i>Grand' ingegno.</i>
San Antonio.	<i>Sant' Antonio.</i>
Aquel amor.	<i>Quell' amore.</i>
Buen orador.	<i>Buon oratore.</i>
Gran barco.	<i>Gran barca.</i>
Gran ejército.	<i>Grand' armata.</i>
Ningún compañero.	<i>Niun compagno.</i>
Ninguna víctima.	<i>Nessun' ostia.</i>

No pueden truncarse:

- Las palabras *chiaro, raro, nero, oscuro*, y algunas otras.
- Las primeras personas del singular del presente de indicativo, como *io perdono, io mi consolo*, Excepto *sono*, primera persona del singular y tercera persona del plural del verbo *èssere*:

Estoy pronto.	} Io son pronto, <i>por</i>
	} Io sono pronto.
Ellos han venido.	} Èglio son venuti, <i>por</i>
	} Èglio sono venuti.

- Las palabras con tilde acentual grave no se truncan, *dirò, farò, felicità*, etc. Excepto *che* con sus compuestos, *perchè, benchè*, etc., los cuales se abrevian algunas veces, aunque sólo delante de *e* ó *i*:

Porque era.	Perch' era.
-------------	-------------

- Las palabras que terminan en *a* precedida de consonante, Excepto los adverbios *allora, talora, ancora*, etc., y la palabra *suora*, hermana, cuando se usa como adjetivo.
- Las palabras que terminan en diptongo tampoco se truncan: *occhio, specchio, cambio*, etc.
- No se truncan las palabras que, truncadas, terminarían en *c, g* duras (2) ante las vocales *e, i, ó* en *c, g* blandas (3) ante *a, o, u*.
- Ante *s* seguida de consonante no se usan palabras truncadas que terminen también en consonante: no ha de decirse fedel *specchio*, sino fedele *specchio*.
- Ante vocal no se emplean palabras que, truncadas, resulten de una sílaba terminada en una sola consonante. Así no se dirá *gran álbero, San Agostino, bel ór-dine...*, sino *grand' álbero, Sant' Agostino, bell' ór-dine*.
- Por último, la palabra final de frase no se trunca jamás.

(2) Los italianos llaman *duros* á los sonidos de la *c* cuando es como el de la *k*, y al de la *g* cuando es como en *ga, go, gu*. No puede, pues, escribirse *POC' educazione, VAG' edifiizio*, sino *poca educazione, vago edifiizio*.

(3) Los italianos llaman *blandos* los sonidos de la *c* y de la *g* cuando son como los de nuestra *che* en *choza* ó análogos al de nuestra *y* en *yasca*. No puede, pues, escribirse *DOLC' unione, SAGG' avvertimenti*, sino *dolce unione, saggi avvertimenti*.

448. Un lugareño, habiendo visto que los ancianos se servían de gafas para leer, fué á casa de un óptico y pidió algunas. El lugareño tomó entonces un libro, y después de haberlo abierto, dijo que las gafas no eran buenas. El óptico le puso en las narices otro par de las mejores que pudo encontrar en su tienda, pero no pudiendo tampoco el labrador leer, le dijo el óptico: «Amigo mío, ¿pero sabe V. leer?» «Si supiese leer», dijo el lugareño, «no necesitaría sus gafas de V.»—Encontrando un día Enrique IV en su palacio á un hombre que le era desconocido, le preguntó á quién pertenecía. «Me pertenezco á mí mismo», contestó aquel hombre. «Amigo mío», dijo el rey, «tenéis un amo muy tonto».

449. Verificando un rey su entrada un día en una ciudad á las dos de la tarde, el Senado le envió diputados que lo cumplimentasen. El que debía tomar la palabra empezó así: Alejandro el Grande, el gran Alejandro, y se quedó cortado. El rey, que tenía mucha hambre, dijo: «¡Eh, amigo mío! Alejandro el Grande había comido, y yo estoy todavía en ayunas.» Después de dicho esto, continuó su camino hacia la Casa Consistorial, en donde le habían preparado una comida magnífica.—Un pobre viejo, estando muy malo, hizo llamar á su esposa, que era aún muy joven, y le dijo: «Querida mía, veis que se acerca mi última hora y que me veo precisado á abandonaros; por lo que si queréis que yo muera en paz, es menester que me concedáis una gracia. Sois aún joven, y sin duda os volveréis á casar: lo sé; pero os ruego que no elijáis al Sr. Luis, porque os confieso que siempre he estado muy celoso de él y que lo estoy todavía. Moriría, pues, desesperado, si no me prometiésteis eso.» La mujer respondió: «Querido marido mío, os suplico que eso no os impida morir en paz, porque os aseguro que, aun cuando quisiera casarme con él, no podría, por estar ya comprometida con otro.»

450. Estando un día de caza el emperador Carlos V, se perdió en un bosque, y habiendo llegado á una casa, entró para descansar. Hallábanse en ella cuatro hombres que aparentaban dormir. Uno de ellos se levantó, y aproximándose al emperador, le dijo que había soñado que le robaría su reloj, y se lo robó. En seguida otro se levantó y le dijo que había soñado que le acomodaría robar su sobretodo, y se lo robó. El tercero le quitó la bolsa. En fin, el cuarto se adelanta y le dice: «Espero que no os incomodaréis si os registro»; y haciéndolo, vió en el cuello del emperador una cadenita de oro atada á un pito que quiso robarle; pero el emperador le dijo: «Mi buen amigo, antes de privarme de esta alhaja, debo enseñaros su virtud»: diciendo esto, silbó. Sus gentes, que lo buscaban, acudieron hacia la casa y se admiraron viendo á S. M. en semejante estado. Pero el emperador, viéndose fuera de peligro, dijo: «Aquí tenéis unos hombres que han soñado cuanto querían. Yo quiero á mi vez soñar también»; y después de haber meditado algunos segundos, dijo: «He soñado que todos cuatro merecían ser ahorcados.» Lo que fué tan pronto dicho como ejecutado delante de la casa.

## LECCIÓN 149

### AUMENTATIVOS, DIMINUTIVOS.—VOCES EXPLETIVAS

#### DE LOS AUMENTATIVOS

Para formarlos se muda la final de los nombres en otras terminaciones, cada una de las cuales, á más de expresar lo aumentativo, contiene ideas especiales.

Las principales desinencias de los aumentativos son las siguientes:

#### One, ona.

Estas dos terminaciones implican la idea de gran tamaño: de *cappello*, sombrero, *cappellone*, sombreroazo; de *donna*, mujer, *donnaona*, mujerona.

Los aumentativos con la terminación en *one* son del género masculino, aunque deriven de nombres femeninos; los en *ona* femeninos: de *sciocca*, tonta, *scioccona*,

tontona; de *Luigia*, Luisa, *Lwigiona*, Luisaza; de *fanciulla*, muchacha, *fanciullona*, muchachona; de *signora*, señora, *signorona*, señorona.

### Accio, astro, azzo.

Implican idea de desprecio: llámense en italiano *peggiorativi*. Así, de *cappello*, sombrero, *cappellaccio*, sombrerote; de *gióvine*, joven, *giovinastro*, tronera; de *pópolo*, pueblo, *popolazzo*, populacho.

### Otto, occio.

Imprimen idea de fuerza, de robustez ó de vigor: de *vecchio*, viejo, *vecchiotto*, viejo robusto; de *fresco*, fresco, *frescoccio*, frescote.

### Aglia, ame, ume. (1).

Indican despreciativamente multitud indeterminada, conjunto ó colección de cosas no estimables: exceptúase alguna vez la terminación *ame*. Así, de *gente*, gente, *gentaglia*, gentualla, gentuza; de *carne*, carne, *carname*, carnaza; de *legno*, madera, ó *legna*, leña, *legname*, leñame ó maderamen; de *sudicio* ó *súcido*, sórdido, *sudiciume* ó *sucidume*, cochambrería.

#### DE LOS DIMINUTIVOS

### Ino (2), etto, ello.

Indican idea de pequeño y de lindo ó hermoso, siempre que la cosa es susceptible de ello: de *cappello*, sombrero, *cappellino*, sombrerito; de *álbero*, árbol, *alberetto*, arbolito; de *bambino*, niño, *bambinello*, niño; de *radice*, raíz, *radichetta*, raiceja.

### Icino, icello.

Expresan la misma idea de los anteriores: pierden la *i* cuando se forman de nombres acabados en *one*; como de *lume*, luz, *lumicino*, lucecita; de *campo*, campo, *campicello*, campito; de *bastone*, bastón, *bastoncello*, bastoncito.

### Erello.

Indican ternura y compasión: de *póvero*, pobre, *poverello*, pobrezuelo; de *vecchio*, viejo, *vecchiorello*, viejecito.

### Uccio, uzzo, icciuolo, uolo.

Estas terminaciones son despectivas é implican (3) la idea de cosa mala: de *femmina*, mujer, *femminuccia*, mujerzuela; de *médico*, médico, *medicuzzo*, medicucho; de *uomo*, hombre, *omicciuolo*, hombrecillo; de *mercante*, mercader, *mercatuolo*, mercader de pocos cuartos, mercachifle.—A veces estas terminaciones expresan las ideas de pequeño y lindo: *bestioluccia*, animalito; *amoruccio*, amorzuelo; *labbricciuolo*, labiecillo; *cagnuola*, perrita; *bestiuola*, bestiecilla; *erbicciuola*, hierbecilla, etc.

OBSERVACIONES.—La terminación *uzzo* se considera como graciosa en *gotuzzi*, mejillas hermosas; en *labruzzi*, labios delgados, finos; y en *occhiuzzi*, ojitos penetrantes. La terminación *uccio* indica cariño en los nombres de pila; como *Menicuccio*, Dominguito; *Pietruccio*, Perico, *Annuccia*, Anita; *Mariuccia*, Mariquita, etc.

(1) Muchos nombres acaban en las terminaciones de los aumentativos sin ser realmente aumentativos.

(2) Algunos nombres de seres inanimados que toman la terminación *ino*, aunque femeninos, son del género masculino; como *spadino*, de *spada*.

(3) Las terminaciones *etto*, *ello* se usan á veces para expresar desprecio: lo que se indica solamente por el sentido de la frase, ó por el nombre mismo que representa la persona ó el objeto al cual se dan estas terminaciones, como *dottorello*, doctorzuelo.

Muchos nombres tienen una terminación peculiar en la formación de los diminutivos; y así *acciaro*, acero, hace *acciarino*, y nó *acciarretto* ni *acciarello*; *vérgine*, virgen, hace *verginella*, y nó *verginina*, *verginella*, *verginicciuola* ni *verginerella*.

Todos los nombres que toman *h* en el plural, la admiten igualmente cuando se hacen diminutivos en las terminaciones que empiezan con *e* ó con *i*; como de *fresco*, *freschetto*; de *lunga*, *lunghetto*.

De un aumentativo puede formarse otro; y así, de *ribaldo*, pícaro, se forma el aumentativo *ribaldone*, picarón; y de éste, *ribaldonaccio*, picaronazo. De la misma manera se forma un diminutivo de otro; como de *casa*, casa, *casetta*, casita, y de éste *casettina*, pequeña casita.

De un diminutivo formado de otro resultan las terminaciones siguientes:

ELLINO.....	De fiorello,	florecita;	fiorellino,	florecita pequeña.
ETTINO.....	De libretto,	librito;	librettino,	librito pequeño.
ELLETO.....	De fornello,	hornillo;	fornelletto,	hornito pequeño.
OLINO.....	De bestiuola,	bestia pequeña;	bestiuolina,	bestia pequeña.
OLETO.....	De figliuolo,	hijito;	figliuolo,	hijito chiquitín.

De un aumentativo puede formarse un diminutivo; como de *casone*, casaza, *casoncello*, casa grande y bien aseada ó proporcionada: también puede formarse un aumentativo de un diminutivo; y así, de *scarpetta*, zapatilla, *scarpettona*, zapatillaza, zapatilla grande y mal arreglada.

La terminación en *ino* sirve para la formación de algunos sustantivos derivados de verbos; como de *svegliare*, despertar, *svegliarino*, despertador; de *temperare*, cortar plumas, *temperino*, cortaplumas; de *spazzare*, barrer, *spazzino*, barrendero, etc.

Fórmense también derivados de algunos sustantivos con la terminación *ino*, como de *pólvere*, polvo, *polverino*, salbadera; de *bronzó*, bronce, *bronzino*, de color de bronce; de *acciaro*, acero, *acciarino*, llave de armas de fuego; de *vettura*, coche de camino, *vetturino*, calesero, etc. Como se ve, no siempre es diminutivo un nombre por estar formado de otro y con la terminación en *ino*.

ADVERTENCIA.—Las anteriores reglas están sujetas á numerosas excepciones que solamente la práctica puede dar á conocer; pues, además de las formas usuales de los aumentativos y diminutivos del italiano, existen otras muchas inventadas á capricho y empleadas muy á menudo en la conversación familiar y en libros de asuntos festivos ó ligeros. Sirvan de muestra los ejemplos siguientes:

*Donnone*, mujer alta y corpulenta como un hombre.

*Donnona*, mujer alta, fuerte y saludable.

*Donnaccia*, marimacho descarado y sin reparos: mujer guapota, pero vulgar.

*Donnetta*, mujer pequeñuela y parlanchina.

*Donnicciuola*, mujer de apariencia poco distinguida.

*Donnina*, pequeña y linda mujer.

*Donnacione*, mujerona insolente y descarada.

*Casone*, casa espaciosa, caserón.

*Casaccia*, casa destartada y sin proporciones.

*Casamento*, casa espaciosa y bien construida.

*Casalone* y *casolare*, casa grande y ruinosa.

*Casolaraccia*, casa grande, sin techo y en ruínas.

*Casucciaccia*, casucha, casa mezquina y miserable.

*Casipola* y *casupola*, casa pequeña y despreciable.

*Casile*, choza pobre y techada con paja.

*Casella*, casilla de poca altura.

*Casotta*, casa abrigada y cómoda.

*Casetta*, casita reducida, caseta.

*Casellina*, casa pequeñita de buen aspecto.

*Casettino*, *casettina*, casita clara y linda.

*Casina*, casa pequeña en extremo.

*Casino*, pequeña y alegre casa de verano.

*Librone*, librote pesado y voluminoso.  
*Libraccio*, libro grande y feo, libraco.  
*Libricolo* y *libércolo*, folleto despreciable, libelo.  
*Libretto*, libro pequeño y de lindo aspecto, libreto.  
*Librettino*, libro muy lindo y muy pequeño.  
*Libriccino*, folleto de mínimo tamaño.

Y lo mismo sucede con miles de palabras caprichosas; por lo cual, pocos aumentativos y diminutivos se admiten en estilo serio y correcto, excepción hecha de los que terminan normalmente en *one*, *ame*, *accio*, ó en *ino*, *etto*, *ello*.

## PALABRAS EXPLETIVAS

En italiano hay palabras expletivas, que los autores llaman *ripieno*: se emplean con el objeto de dar más énfasis, armonía y elegancia á la frase. Las principales son:

**Bello.**

He pagado cien escudos.  
 Su vestido de V. está acabado.

Ho pagato cento *begli* scudi.  
 Il vostro ábito è *bell* e fatto.

**Bene.**

Le pregunté si tenía ánimo para tirarlo,  
 y contestó que sí.

Gli domandai se gli bastasse l'ánimo di  
 cacciarlo via, ed egli rispose si *bene*.

**Già.**

No creo que V. lo tomará á mal.

Non credo *già* che l'avrete a (*ó* per)  
 male.

No quisiera que partiese.

Non vorrei *già* ch'egli partisse.

**Mal.**

Siempre está repitiendo la misma cosa.  
 Siempre.

Torna *mai* sempre a dire l'istesse cose.  
*Mai* sempre.

**Non.**

Él es más instruído de lo que yo creía.  
 El saber es de más precio que la riqueza.

Egli è più dotto che io *non* credeva.  
 La dottrina è di più gran prezzo che *non*  
 le ricchezze.

**Poi.**

No es verdad lo que me dijo.

Non è *poi* vero quanto mi disse.

**Pure.**

Luego están dispuestos á venir.

Ora sono *pur* disposti a venire.

Esta expletiva es usada á menudo para dar más fuerza al imperativo; ejemplo:

Decid (esto es, no tiene V. más que decir).

Dite *pure*.

Id (esto es, V. puede ir).

Andate *pure*.

Dad (esto es, V. puede dar).

Date *pure*.

**Via.**

¿Quiere V. hacerlo? Hágalo.  
 Hagamos las paces.

Volete farlo? *Via* fátele.  
*Via* facciam la pace.

**Mi, ti, ei, vi, si, ne.**

Yo me creía que V. era italiano.  
 Deseo que *te* estés con nosotros esta tarde.  
 Ella partió: *se* fué.  
 No sé si V. conoce á este hombre.  
 Él está bastante alegre.

Io *mi* credeva che voi foste italiano.  
 Desidero che tu con noi *ti* rimanga questa sera.  
 Essa *se* *ne* partì.  
 Non so se voi *vi* conosciate quest'uomo.  
 Egli *se* la passa assai lietamente.

451. Federico el Grande solía, siempre que un soldado entraba en su guardia, hacerle tres preguntas, á saber: «¿Qué edad tienes? ¿Cuánto tiempo hace que estás á mi servicio? ¿Estás contento con la paga y el trato?» Sucedió que un soldado joven, natural de Francia, que había servido en su país, deseó entrar al servicio de Prusia. Su presencia hizo que lo aceptasen al punto; pero como ignoraba completamente la lengua alemana, su capitán, después de haberle advertido que el rey le interrogaría en este idioma la primera vez que lo viese, le aconsejó al mismo tiempo que aprendiese de memoria las tres respuestas que debía dar. En consecuencia, las aprendió al día siguiente, y en cuanto apareció en las filas, Federico se adelantó para interrogarlo. Pero la casualidad quiso que en aquella ocasión empezase por la segunda pregunta, y le preguntase: «¿Cuánto tiempo hace que estás á mi servicio?—Veinte y un años; respondió el soldado.» El rey viendo su juventud, que demostraba claramente que no hacía tanto tiempo que llevaba el mosquete, le dijo muy admirado: «¿Qué edad tienes?—Un año, para servir á V. M.» Más admirado aun Federico, exclamó: «Ó tú ó yo hemos perdido el juicio.»—El soldado que tomó esto por la tercera pregunta, respondió con aplomo: «Uno y otro para servir á V. M.»

452. Un hombre tenía dos hijos: el uno era aficionado á estar en la cama hasta muy tarde; el otro era muy laborioso y se levantaba siempre muy temprano. Éste, habiendo salido un día muy de mañana, se encontró una bolsa llena de dinero: corrió á su hermano para darle parte de su buena fortuna, y le dijo: «¿Ves, Luis, lo que se gana madrugando?—A fé mía, respondió su hermano, si aquel á quien pertenece esa bolsa no se hubiese levantado más temprano que tú, no la hubiera perdido.»—Preguntaban á un muchacho holgazán lo que le hacía estar en la cama tanto tiempo: «Estoy ocupado, dijo, en celebrar consejo todas las mañanas. El trabajo me aconseja levantarme, la pereza que me quede acostado, y ambos me dan mil razones en pro y en contra. A mí me toca escuchar lo que cada parte alega, y apenas me he enterado, cuando la comida está lista.»

453. Refiérese una hermosa ocurrencia de una dama. Preguntada en dónde se hallaba su esposo, que se había ocultado por haberse metido en una conspiración, respondió animosamente que ella lo había ocultado. Habiéndola conducido esta confesión delante del rey, este príncipe le dijo que ella no podía librarse del tormento, sino descubriendo el retiro de su esposo.—«Pero ¿basta eso?» dijo la dama.—«Sí, dijo el rey, os doy mi palabra.—Pues bien, dijo ella, lo he ocultado en mi corazón, en donde lo hallaréis.» Esta admirable respuesta encantó á sus enemigos.—Cornelia, ilustre madre de los Gracos, después de la muerte de su esposo, que le dejó doce hijos, se dedicó al cuidado de su familia con una sabiduría y una prudencia que le granjearon la estimación universal. Tres sólo de los doce llegaron á la edad madura: una hija, Sempronía, á quien casó con el segundo Escipión *el Africano*, y dos hijos, Tiberio y Cayo, á quienes educó con un esmero particular; aunque se supiese generalmente que habían nacido con las más felices disposiciones, se creía que debían más á la educación que á la Naturaleza. La respuesta que ella dió á una señora de Campania, con este motivo, es muy famosa, y contiene una gran enseñanza para las mujeres y para las madres. Esta señora, que era muy rica y apasionada por el fausto y el lujo, le puso de manifiesto sus diamantes, sus perlas y sus

alhajas más preciosas, y estimuló vivamente á Cornelia á que le enseñase también las suyas. Cornelia cambió diestramente la conversación para esperar la vuelta de sus hijos, que habían ido á las clases públicas. Al presentarse en la habitación de su madre, ella dijo á la señora de Campania: «Aquí tenéis mis alhajas, y el único adorno que aprecio: tal adorno es la fuerza y sostén de la sociedad, y realza la belleza más que todas las joyas del Oriente.»

## LECCIÓN 150

### CONSTRUCCIÓN ITALIANA

En italiano no hay generalmente construcciones siempre obligatorias. El que habla coloca con gran independencia las entidades elocutivas, según las ideas se le presentan en la mente.

Sin embargo, esta lengua libre y flexibilísima propende, como dicen algunos de sus gramáticos, á colocar la palabra **REGENTE** delante de la palabra **REGIDA**.

Y, así, es frecuentísimo ver como normal la distribución siguiente:

<i>Nominativo</i> y sus determinantes,	(1)
<i>Verbo</i> y sus modificantes,	
<i>Acusativo</i> y sus determinantes.	(2)

Por lo tanto, las *oraciones-adjetivo* van después de las palabras por ellas determinadas, y las *oraciones-adverbio* se colocan próximas á sus verbos, ya antes, ya después, mediata ó inmediatamente:

<i>Nom.</i> — Gli uomini i cui figli Ella ha visti,
<i>Verbo.</i> — apporiranno, <i>dopo essersi sbarbati</i> ,
<i>Ac.</i> — gli uccelli che i tuoi amici hanno uccisi,
ó <i>bien</i>
<i>Dopo essersi sbarbati</i> , gli uomini i cui figli Ella ha veduti apporiranno gli uccelli che i tuoi amici hanno uccisi, etc.

Sin embargo, la libertad no es tanta que pueda prescindirse de colocar ciertas palabras en orden no arbitrario.

1.º Así, es obligatorio (como en castellano) poner antes de los sustantivos sus artículos, sus demostrativos y sus posesivos, y hay que empezar por los nexos las oraciones todas, tanto las oraciones que hacen oficios de adjetivo como las que lo hacen de adverbios, ó las que desempeñan el papel de sustantivos.

<i>Artículo:</i>	L' uomo.
<i>Artículo:</i>	UNA moglie.
<i>Demostrativo:</i>	QUEST' álbero.
<i>Poseivo:</i>	SUA zia.
<i>Oración-adjetivo:</i>	I CUI figli hai veduti.
<i>Oración-adverbio:</i>	QUANDO avrò pagato il sarto.
<i>Oración-sustantivo:</i>	CHE siano arrivati? (è certo).

2.º Los adjetivos de nación y los que expresan forma ó color deben ir detras de sus sustantivos:

Libro TEDESCO.  
Ábito NERO.  
Cappello TONDO.

(1) Los pronombres que están en nominativo suelen suprimirse en italiano, como en español.  
(2) La preposición *á*, que en español acompaña á los acusativos de persona, no se emplea en italiano.

Los demás adjetivos se colocan como en español, con pocas excepciones.

3.º Los pronombres personales que no están en nominativo van generalmente ante los verbos en desinencia personal y tras los infinitivos y gerundios:

Lo vendo	} ( <i>indicativo</i> ).	(3)
Mi parla		
S' accomodi	} ( <i>imperativo</i> ).	(4)
Si véstano		
Vuol parlargli ( <i>infinitivo</i> ).		
Avéndolo ricevuto...		

4.º Las partículas *ci, vi*, van antes de los pronombres personales relacionados con ellas, y también antes de la partícula *ne*:

Voglio mandárVELO,  
voglio inviárCELO,  
voglio mandárVENE.

5.º Los dativos pronombres preceden á los acusativos como en español (5) excepto **LO**:

TE LO darò.  
GLIELO ha dato,  
voglio darLA LO.

6.º En los tiempos compuestos de los verbos auxiliados con *essere*, el participio concierta con el nominativo:

Sono amato,	} verbo pasivo.
Sono amata,	
Siamo biasimati,	
Siamo biasimate,	
Mi son tagliato,	} verbo reflexivo.
Mi son tagliata,	
Ci siamo tagliati,	
Ci siamo tagliate,	
È venuto,	} verbo neutro.
È venuta,	
Sono venuti,	
Sono venute,	

7.º Y en los tiempos compuestos de los verbos auxiliados con *avere* concierta el participio con el acusativo, si lo hay: regularmente la concordancia es de rigor cuando el acusativo precede al participio:

le ho vedute,  
ho vedute le scarpe.

Pero, fuera de estas restricciones, es raro, por efecto de la gran libertad de construcción propia del italiano, encontrar una serie de cláusulas dispuestas estrictamente con arreglo al orden á que propende la lengua.

(3) Sin embargo, con suma frecuencia aparecen estos pronombres tras los verbos en desinencia personal, con sujeción á las reglas de la Lec. 78.

Fammi il piacere,  
Sallo Iddio.

(4) Véase R. 125, Lec. 78.

(5) Pero también por la gran libertad del italiano se ven las construcciones estudiadas en las Lecc. 73 y 80.

Mandaré mañana sin falta al más fiel de mis criados á casa de V. para devolverle los manuscritos que me confió hace algún tiempo; y escribo á V. esta carta á fin de que me haga saber la hora en que mi criado hallará á V. en casa.

Tengo el honor de devolver á V. el libro italiano que tuvo la bondad de prestarme. Lo he leído con mucho gusto, y le quedo á V. muy agradecido.

Manderò domani senza fallo il più fedele dei miei servitori da Lei, per restituirle i manoscritti affidatimi da qualche tempo; e Le scrivo questa letterina acciòchè mi faccia sapere l' ora nella quale il mio servo La troverà in casa.

Ho l' onore di rimandargli il libro italiano che Ella ebbe la bontà di prestarmi. L' ho letto con molto piacere, e gliene sono tenutissimo.

En la forma interrogativa es frecuente la posposición del nominativo á su verbo:

Sortirà oggi tuo zio?

Y cuando hay palabra esencialmente interrogativa debe empezarse por ella:

Ove soggiorna il pittore?

Verdaderamente en italiano (lo mismo que en español) no hay construcción obligada para lo interrogativo. Sólo existe, en todo caso, una especial intonación interrogativa semejante á la española.

C' è?	— C' è.
Ci sono?	— Ci sono.
V' erano?	— V' erano.
Non vi fu?	— Non vi fu.
C' è del pane?	— C' è del pane.
Non v' erano molte donne nel giardino?	— Non v' erano molte donne nel giardino.
Andiam?	— Andiam.

La construcción negativa se obtiene por medio del signo *non*, colocado ante el correspondiente verbo, mediata ó inmediatamente.

Non ama la virtù.  
Non gli parla.

A veces sin el *non* resultan negativas las cláusulas y las oraciones cuando aparecen antes del verbo las voces *niente*, *nulla*, *veruna*, etc.

NIENTE ho,  
NESSUNO mi segua...

Los italianos forman la pasiva con el verbo *essere* y el participio pasado de un verbo activo, como en castellano; pero también á menudo y más elegantemente usan alguno de los verbos *venire*, *andare*, *restare*, *rimanere* y *stare*.

Él es alabado por todo el mundo.	Egli vien lodato da tutti.
Ella fué acusada.	Dessa venne accusata.
Ellos serán vituperados.	Églino verranno biasimati.
Esta voz va colocada al principio.	Questa voce va posta prima.
Me quedé enteramente sorprendido.	Ne restai (ó rimasi) maravigliato (en vez de ne fui maravigliato).
Ella no quedó convencida de eso.	Essa non ne restò (fu) persuasa.
Los caballos están puestos en el carruaje.	I cavalli stanno (sono) attaccati alla carrozza.

Pero, cuando se trata de expresar la pasiva en absoluto (esto es, cuando no se hace mención de los agentes), se emplea en italiano (como en español) el signo *si*, y el verbo concierta entonces con la cosa ó cosas á que se refiere.

También se hace uso de esta construcción con *si*, cuando el nominativo es indeterminado (6).

Se dicen cosas increíbles.  
Se han apresado muchas naves.  
Algo de eso se sabrá.  
Se dirá que V. lo ha insultado.  
Se alaba al hombre modesto.  
Se alaba á los hombres modestos.  
Siganse los grandes ejemplos.  
Se me pide una peseta.  
Se me piden cinco pesetas.

Si dicono incredibili cose.  
Si sono prese molte navi.  
Se ne saprà qualche cosa (7)  
Dirassi che l' avete insultato.  
Si loda l' uomo modesto.  
Si lóddano gli uómini modesti.  
Séguansi i grandi esempi.  
Mi si domanda una lira.  
Mi si domándano cinque lire.

ADVERTENCIA.—Las cláusulas de agente indeterminado se construyen también por la pasiva, ya con *essere*, ya con sus sustitutos *venire*, *andare*...

Se me dió un libro.  
Se nos escribió una carta.  
Se nos hablará de eso.  
Se nos enviarán muchas cartas.  
Se me dice por muchos...  
Se nos escribirá.

Mi fu dato un libro.  
Ci fu scritta una lettera.  
Ce ne sarà parlato.  
Ve ne saranno mandate molte lettere.  
Mi vien detto da molti...  
Ve ne verrà scritto.

Fuera de las generalidades anteriores es casi imposible someter á reglas la noble construcción italiana; pues las cláusulas dependen del modo de aparecer los conceptos en la mente de la persona que habla ó escribe, y de su voluntad de colocar los vocablos en determinada situación. Así, por ejemplo, diferente distribución de unas mismas palabras imprime á cada combinación unas veces vigor, otras fluidez, otras dulzura, otras extrañeza, etc...

Me someto á V.

Rendo me a voi.  
A voi mi rendo.  
A voi rendo me.  
Mi rendo a voi.  
Réndomi a voi.  
Réndomivi.  
Mi vi rendo.

La elegancia, el vigor, la belleza y armonía del lenguaje, dependen, pues, principalmente para los oídos italianos (8), de la distribución de sus masas elocutivas conforme á los dictados del buen gusto, sin infracción, por supuesto, de las pocas reglas restrictivas que la gramática impone. Por esto es tan difícil para los extranjeros escribir bien en italiano. El siguiente trozo del Boccaccio, construido de otro modo, perdería (en concepto de los entendidos) toda su armonía, belleza é interés.

¡Oh, muy amado corazón! He llenado todos mis deberes hacia ti: no me queda nada más que hacer sino venir con mi alma á hacerte compañía.

O molto amato cuore! Ogni mio officio verso te è fornito: ne più altro mi resta a fare se non di venire con la mia ánima a fare la tua compagnia.

(6) Cuando con forma de plural decimos en español *le han dado una puñalada*, *le pegaron un pistoletazo*, *han tirado de la campanilla*, etc., no queremos significar que MUCHAS manos de MUCHAS personas movieron un solo puñal para dar una puñalada, ni que MUCHOS sujetos simultáneamente dispararon un solo pistoletazo, ni que MUCHOS individuos asieron á un tiempo el tirador de la campanilla, etc. Con esa forma de plural sólo queremos indicar la indeterminación del agente, á quien sobrentendemos como único, y, por consiguiente, como del número singular.—Por el contrario, en otros casos, como en *están haciendo una casa*, *la aplaudieron mucho*, etc., la forma de plural coincide con el concepto de pluralidad de los *albañiles que edifican*, de los *espectadores que aplauden*, etc.—En fin, en *le dieron una paliza*, *ya le han hablado de ti...* la indeterminación es tanta, que, sin particular especificación, no es posible saber si el agente es singular ó plural.

(7) El signo de pasiva *si* se convierte en *se* delante de la partícula partitiva *ne*.

(8) No ha de creerse que todas las construcciones italianas armoniosas para los italianos, lo sean también para nosotros los españoles. Con frecuencia sus versos están llenos de asonancias que ellos no sienten y que para nosotros resultan irresistibles.

## LICENCIAS

Son muy numerosas en italiano, principalmente en poesía.

La letra *v* suele suprimirse en el pretérito imperfecto de indicativo:

por	<i>Avea,</i>	<i>potea,</i>	<i>finia,</i>	<i>dee,</i>	<i>dëono,</i>	<i>bee,</i>	<i>bea, etc.,</i>
	<i>aveva,</i>	<i>poteva,</i>	<i>finiva,</i>	<i>deve,</i>	<i>dëvono,</i>	<i>beve,</i>	<i>beva.</i>

Las letras *g* y *gg* se sustituyen á veces por otras letras:

por	<i>Seggio,</i>	<i>veggio,</i>	<i>caggio,</i>	<i>veggendo,</i>	<i>chieggio,</i>	<i>veggio,</i>	<i>spoglio, etc.</i>
	<i>siedo,</i>	<i>vedo,</i>	<i>cado,</i>	<i>vedendo,</i>	<i>chiedo,</i>	<i>vecchio,</i>	<i>specchio.</i>

La tercera persona del plural del pretérito definido en indicativo que termina en *árono*, se abrevia en *aro*, especialmente en poesía:

por	<i>Amaro,</i>	<i>legaro,</i>	<i>andaro, etc.</i>
	<i>amárono,</i>	<i>legárono,</i>	<i>andárono.</i>

Las letras *at* se suprimen á veces en poesía en el participio pasado, como:

por	<i>Colmo,</i>	<i>adorno,</i>	<i>chino,</i>	<i>domo,</i>	<i>oso, etc.</i>
	<i>colmato,</i>	<i>adornato,</i>	<i>chinato,</i>	<i>domato,</i>	<i>osato.</i>

Los artículos *dello*, *della*, *degli*, *dei*, *delle*, se escriben á menudo por los poetas:

*De lo, de la, de gli, de li, de le.*

En los poetas se ve alguna vez agregada una *o* á la tercera persona singular del pretérito definido de los verbos terminados en *ire*:

por	<i>Rapio,</i>	<i>finio,</i>	<i>empio,</i>	<i>uscio, etc.</i>
	<i>rapi,</i>	<i>fini,</i>	<i>empi,</i>	<i>usci.</i>

La preposición *a* y las conjunciones *e*, *o*, se cambian en *ad*, *ed*, *od*, ante vocal.

A Antonio.	<i>Ad Antonio.</i>
Nosotros y él.	<i>Noi ed egli.</i>
V. y yo.	<i>Voi ed io.</i>

Cuando las palabras que empiezan por *s* seguida de consonante van precedidas de alguna de las preposiciones *in*, *con*, *per*, ó por la negación *non*, se pone una *i* antes de la dicha *s* por razón de eufonía.

En la calle.	In istrada, <i>por</i> in strada.
En estado.	In istato, <i>por</i> in stato.
Con terror.	Con ispavento, <i>por</i> con spavento.
Por error.	Per isbaglo, <i>por</i> per sbaglio.
No chanceéis.	Non ischerzate, <i>por</i> non scherzate.
No estar.	Non istare, <i>por</i> non stare.

Gran número de palabras latinas poco familiares en el uso corriente son usadas por los poetas italianos, aunque no las empleen los prosistas; por ejemplo:

<i>Aer,</i>	por <i>aria,</i>	aire.
<i>Brando,</i>	por <i>spada,</i>	espada.
<i>Carme,</i>	por <i>verso,</i>	poema.
<i>Esca,</i>	por <i>cibo,</i>	alimento.
<i>Legno,</i>	por <i>vascello</i> ó <i>carrozza,</i>	barco, carruaje.
<i>Lumi,</i>	por <i>occhi,</i>	ojos.
<i>Palma,</i>	por <i>mano,</i>	mano.
<i>Squilla,</i>	por <i>campana,</i>	campana.
<i>Unqua,</i>	} por <i>mai,</i>	nunca.
<i>Unquanche,</i>		
<i>Unquanco,</i>		
<i>Vate,</i>	por <i>poeta,</i>	poeta.

## HISTORIA DE JUAN Y DE MARÍA

454. Había un comerciante que se fué á las Indias con su mujer. Ganó allí mucho dinero, y al cabo de algunos años se embarcó para Francia, de donde era. Tenía un hijo y una hija. El muchacho, de edad de cuatro años, se llamaba Juan, y la muchacha, que no tenía más que tres, se llamaba María. Cuando ya estaban á la mitad del camino les sorprendió una gran tempestad, y el piloto anunció que se encontraban en gran peligro, porque el viento los arrastraba hacia unas islas, en donde su bajel se estrellaría infaliblemente, en las que el naufragio era inevitable. El pobre comerciante, habiendo oído ésto, tomó una tabla y ató encima fuertemente á su mujer y á sus hijos: iba también á atarse él mismo, pero no tuvo tiempo, porque, habiendo chocado el buque contra una roca, se abrió, y todos los que estaban dentro cayeron al mar. La tabla en la cual estaban la mujer y sus dos hijos se sostuvo sobre el mar como una barquilla, y el viento la arrojó á una isla. Entonces la mujer desató las cuerdas, y saltó en tierra en esta isla con sus hijos.

Apenas se consideró en seguridad, la primera cosa que hizo fué arrodillarse para dar gracias á Dios por haberla salvado. Estaba muy afligida por haber perdido á su marido. Pensaba también que ella y sus hijos morirían de hambre en aquella isla, ó serían devorados por las fieras. Caminó algún tiempo preocupada con estos tristes pensamientos, y distinguió algunos árboles cargados de frutos: cogió un palo, hizo con él caer algunos, que dió á sus hijitos, y comió ella misma. En seguida pasó adelante para ver si descubría alguna cabaña; pero se quedó tristemente desconcertada cuando reconoció que se hallaba en una isla desierta. Había encontrado en su camino un árbol grande que estaba hueco y resolvió pasar la noche en él. Pernoctó, pues, en él con sus hijos, y al día siguiente se internó más en la isla, cuanto ellos pudieron andar. Descubrió en su camino nidos de aves, cuyos huevos tomó. En fin, viendo que no hallaba hombres ni fieras, resolvió someterse á la voluntad de Dios y hacer todo lo posible para criar bien á sus hijos. Tenía en el bolsillo un evangelio y un libro de oraciones. Sirvióse de ellos para enseñar á sus niños á leer y á conocer á Dios. Un día el muchacho le dijo: «Madre mía, ¿dónde está mi padre?» «Mi querido hijo», le respondió aquella pobre mujer llorando, «tu papá está en el cielo; pero tienes otro padre, que es Dios. Aquí se halla, aunque no lo veas. Él es quien nos envía frutas y huevos, y él cuidará de nosotros mientras lo amemos de todo corazón y lo sirvamos». Cuando estos muchachitos supieron leer, leían con mucho gusto cuanto se hallaba en sus libros, y hablaban de ello todo el día. Además, eran muy buenos y obedientes á su madre.

Al cabo de dos años, esta pobre mujer cayó mala y sintió que su muerte estaba cerca: estuvo al principio muy inquieta por sus pobres hijos; pero al fin pensó que Dios, que es tan bueno, cuidaría de ellos. Ella se hallaba acostada en el hueco del árbol, y habiendo llamado á sus hijos, les dijo: «Mis queridos hijos, voy á morir, y pronto no tendréis madre. Acordaos, sin embargo, de que no os quedaréis enteramente solos, y que Dios ve todo cuanto hacéis. No dejéis de rezar(le) nunca mañana y tarde. Tú, mi querido Juan, ten mucho cuidado de tu hermana; no le riñas, no le pegues nunca; tú eres mayor y más fuerte que ella, le irás á buscar huevos y frutas.» Quería también decir algunas palabras á María, pero no tuvo tiempo, y murió.

Estos pobres niños no comprendían lo que su madre quería decirles, porque no sabían qué cosa fuese morir. Cuando ella murió creyeron que dormía y no se atrevían á hacer ruido por no despertarla. Juan fué á buscar frutas; y habiendo cenado, se acostaron junto al árbol y se durmieron. Al día siguiente por la mañana se admiraron de que su madre durmiese todavía, y llegaron á tirarle del brazo para despertarla. Viendo que no les respondía, creyeron que la habían ofendido y se echaron á llorar, pidiéndole perdón, y le prometieron ser muy juiciosos. Por más que hicieron, la pobre mujer no podía responderles. Permanecieron allí algunos días, hasta que el cuerpo empezó á descomponerse. Una mañana María empezó á dar grandes gritos á Juan: «¡Ah, hermano mío! los gusanos se están comiendo á nuestra pobre mamá; es menester quitárselos, ven á ayudarme.» Juan se aproximó, pero el cuerpo exhalaba tal hedor, que no pudieron permanecer allí y se vieron obligados á buscar otro árbol para pernoctar en él. Estos dos niños no dejaron nunca de rezar á Dios. Lían tan á menudo sus libros, que (se) los sabían de memoria. Cuan-

do habían leído, se paseaban ó bien se sentaban sobre la hierba, y hablaban entre sí. Un día dijo Juan á su hermana: «Me acuerdo, cuando yo era muy pequeño, de haber estado en un lugar en donde había muchas casas y muchos hombres. Mi padre tenía muchos criados; teníamos también hermosos vestidos. De pronto papá nos puso en una casa que iba por el agua, y después de repente nos ató á una tabla y cayó al fondo del mar, de donde no ha vuelto, y nuestra querida madre ha dicho que ahora está en el cielo.» «Es muy raro, respondió María; pero, en fin, toda vez que esto ha sucedido, es porque Dios lo ha dispuesto así; porque bien sabes, hermano mío, que es Todopoderoso.»

Juan y María permanecieron once años en aquella isla. Un día que estaban sentados á la orilla de la mar, vieron venir hacia ellos una canoa con varios hombres negros. Al principio María tuvo miedo y quiso huir, pero Juan le dijo: «Quedémonos, hermana mía, ¿no sabes que Dios nuestro padre está aquí, y que impedirá á esos hombres que nos hagan daño?» Aquellos negros, se sorprendieron de ver á unos niños, que eran de otro color que ellos. Los rodearon y les hablaron, pero inútilmente, porque los niños no entendían su idioma. Juan condujo á aquellos salvajes al sitio en que estaban los huesos de su madre, y les contó cómo había muerto; pero ellos tampoco lo entendían. En fin, los negros les enseñaron su barquilla y les hicieron señal de entrar en ella. «No me atrevo», decía María, «esas gentes me causan miedo»; pero su hermano la tranquilizó.

Entraron, pues, en la canoa, que los condujo á una isla poco distante habitada por salvajes. Todos aquellos salvajes los recibieron muy bien. Su rey no se cansaba de mirar á María, y ponía muchas veces la mano sobre su corazón para indicarle que la amaba. María y Juan no tardaron en hablar la lengua de los salvajes y estar al corriente de cuanto les concernía. Juan conoció bien pronto que hacían la guerra á unos pueblos que habitaban las islas vecinas, que (se) comían á sus prisioneros y que adoraban á un mono feísimo que tenía varios salvajes á su servicio, de manera que los dos niños se hallaban muy disgustados por haber venido á vivir con aquellos malvados. Sin embargo, el rey quería absolutamente casarse con María, quien decía á su hermano: «Preferiría morir á ser la mujer de ese hombre.» «¿Es porque es tan feo por lo que tú no te casarías con él?», decía Juan. «Nó, hermano mío», le decía ella, «es porque es un malvado: ¿no ves que no conoce á Dios nuestro padre, y que en vez de rezarle se arrodilla delante de ese horrible mono? Por otra parte, nuestro libro nos dice que debemos perdonar á nuestros enemigos y hacerles bien, y ves que, en lugar de esto, ese malvado manda matar á sus prisioneros y se los come.»

«Se me ocurre un pensamiento», dijo Juan; «si logramos que muera ese horrible mono, conocerán que no es un Dios: envenenémolo.» María consintió, y el mono murió. Los salvajes que cuidaban de él, y que eran como sus sacerdotes, dijeron al rey que María y su hermano eran la causa de la desgracia ocurrida, y que no podría ser dichoso mientras aquellos dos blancos no pereciesen. Al punto resolvieron que se haría un sacrificio al nuevo mono que acababa de sustituir al antiguo, que los dos blancos estarían presentes y que serían en seguida quemados vivos. Sabida por Juan esta resolución, les dijo: «Si vuestro mono hubiese sido un Dios, nunca habría yo podido matarlo. ¿No he sido más poderoso que él? Es preciso adorar al gran Dios, que es el Creador del cielo y de la tierra, y no á un miserable animal.» Este discurso irritó á todos los salvajes. Ataron á Juan y á su hermana á unos árboles y se preparaban á quemarlos, cuando les dijeron que multitud de enemigos acababan de llegar á la isla. Corrieron para combatirlos, pero fueron vencidos. Los salvajes que quedaron vencedores desataron á los dos blancos y los condujeron á su propia isla, en donde quedaron esclavos del rey.

Pero también estos nuevos salvajes hacían la guerra como sus vecinos y (se) comían á sus prisioneros. Un día cogieron un gran número de éstos, porque eran muy valientes. Entre los cautivos había un hombre blanco, y como estaba muy delgado, los salvajes resolvieron engordarlo antes de comérselo. Encadenáronlo en una cabaña y encargaron á María que le llevase de comer. Como ella sabía que en breve sería comido, sintió mucha compasión por él, y decía mirándolo tristemente: «¡Oh, Dios mío!, tened piedad de él.» Aquel hombre blanco, que había sentido gran admiración al ver una joven del mismo color que él, se quedó más admirado cuando la oyó hablar su propio idioma. «¿Quién os enseñó á hablar francés?», le dijo. «Yo no sé el nombre de la lengua que hablo», respondió ella; «es el idioma de mi madre, y ella fué quien me lo enseñó. Tenemos también dos libros, en los cuales leemos todos los

días.» «¡Dios mío!», exclamó aquel hombre alzando las manos al cielo; «¿sería posible? Pero, hija mía, ¿podrías enseñarme los libros de que hablas?» «No los tengo yo», dijo, «pero voy á buscar á mi hermano que los guarda, y él os los enseñará.» Salí diciendo esto y volvió poco después con Juan, quien llevaba aquellos dos libros. El hombre blanco los abrió con emoción, y habiendo leído en la primera hoja: «Este libro pertenece á Juan Mauricio», exclamó: «¡Ah, mis queridos hijos, os vuelvo á ver! Venid á abrazar á vuestro padre, y ojalá me dieseis noticias de vuestra madre.» Juan y María á estas palabras se arrojaron en los brazos del hombre blanco, derramando lágrimas de alegría. Al fin Juan, tomando la palabra, dijo: «Mi corazón me dice que sois mi padre, y sin embargo, yo no sé cómo esto puede ser, porque mi madre me dijo que habíais caído en la mar.» «Yo caí efectivamente en la mar cuando se abrió nuestro bajel», respondió aquel hombre, «pero, habiéndome sostenido en una tabla, llegué felizmente á una isla y os creí perdidos.» Entonces Juan le narró todas las cosas de que pudo acordarse. El hombre blanco lloró mucho cuando supo la muerte de su pobre mujer. María también lloró mucho, pero era por otro motivo. «¡Ah!», exclamó, «¿de qué sirve que hayamos encontrado á nuestro padre si debe ser matado y comido dentro de pocos días?» «Es preciso romper sus cadenas», dijo Juan, «y huiremos los tres al bosque.» «¿Y qué haremos allí, mis pobres hijos?» dijo Juan Mauricio: «los salvajes nos volverán á coger ó bien moriremos de hambre.» «Dejadme á mí», dijo María; «yo tengo un medio infalible para salvarlos.» Al acabar estas palabras salió y fué á buscar al rey. Cuando hubo entrado en su cabaña se arrojó á sus pies, y le dijo: «Señor, tengo una gran merced que pedir: ¿queréis prometérmela?» «Os lo juro», dijo el rey, «porque estoy muy contento de vos.» «Pues bien», le dijo María; «sabréis que el hombre blanco de quien me habéis encargado es mi padre y el de Juan. Habéis resuelto comerlo, y he venido á manifestaros que él es viejo y flaco, mientras que yo soy joven y robusta; así, espero que tendréis la bondad de comerme á mí en su lugar. No os pido más que ocho días para tener el placer de verlo antes de morir.» «En verdad», le dijo el rey, «sois una muchacha tan buena, que no quisiera por nada en el mundo haceros morir. Viviréis, y vuestro padre también. Os advierto asimismo que todos los años viene aquí un buque de hombres blancos y les vendemos los prisioneros que no nos comemos: pronto llegará este barco, y os daré permiso para ir.»

María dió gracias al rey, y en su corazón daba gracias á Dios, que le había inspirado el tener compasión de ella. Corrió á llevar estas buenas noticias á su padre; y, habiendo llegado algunos días después el buque de que el rey negro le había hablado, se embarcó con su padre y su hermano. Llegaron á una gran isla habitada por españoles. El gobernador de esta isla, habiendo sabido la historia de María, dijo para sí: «Esta joven carece de bienes, no tiene un cuarto y está muy quemada por el sol; pero es tan buena y virtuosa, que su marido será más feliz que si fuese rica y bella.» Rogó, pues, al padre de María se la diese en matrimonio, y habiendo consentido Juan Mauricio, se casó con ella el gobernador, y dió una de sus parientas á Juan. Todos vivieron muy felices en aquella isla, admirando la sabiduría de la Divina Providencia, que no había permitido que María fuese esclava, sino para darle ocasión de salvar la vida de su padre.